

ses. Y por añadidura, como resonancia espiritual, se nos dice que contar nuestra propia vida supone reconocer que otras vidas han dejado en nosotros una huella, imperceptible, profunda, de consecuencias nunca imaginadas.

Si esta obra de Edwards Bello la examinásemos al filo de los postulados estilísticos, habríamos de anotar varias características. Diríamos, por ejemplo, que su prosa se articula siempre mediante nexos visibles, de lógica y rigor gramaticales, que por excepción recurre a la esquematización sintáctica, que la frase verbal predomina sobre la nominal.

Pero no es tal nuestro propósito. Basta con decir que estamos frente a un escritor cuyo estilo flexible comunica a su obra una livianísima andadura literaria.

En uno de los capítulos recuerda el autor su vuelta a Valparaíso, después de un viaje al sur. Y escribe: "Es maravilloso ver cómo aparece de pronto Valparaíso, cuando el tren deja atrás las buganvillas de Viña. La locomotora brama de placer, da una vuelta brusca y aparece la primera roca marina. Se acabó la gravedad de la capital, trazada a la cuerda como versos de Ercilla".

He ahí como una imagen de esta obra. Capítulos maravillosos, evocaciones desordenadas, sin rigidez preconcebida.

Terminada su lectura, en nuestra calidad de lector formulamos un juicio, copiando unas palabras del autor: "Pareció que un saco de mariposas de todos colores se vaciaban delante de mí".—*Vicente Mengod.*



<https://doi.org/10.29393/At361-362-77MTMR10077>

"MEMORIAS DE UN TOLSTOYANO", de *Fernando Santiván*. Zig-Zag, 1955

Cuando se ha curvado la línea del descenso fatal, el hombre vive retrospectivamente solazándose en el recuerdo del tiempo extinto, que mira a través de un prisma optimista como si el pasado fuese mejor

que el presente. El escritor publica entonces sus “memorias”, en las que evoca los hechos distantes de su vida con gran diafanidad en la presentación de los detalles.

Así Fernando Santiván, quien acaba de publicar un trozo de sus “memorias” que abarca un período de su adolescencia acaso determinante para su destino de escritor. Santiván, que tiene a su haber un buen número de novelas y cuentos intensamente humanos, destaca por la sinceridad y varonía de sus actuaciones y palabras. Es un hombre que no necesita encubrir hipócritamente las circunstancias y el juicio sobre los seres. Dice las cosas con reciedumbre de quien está interesado de expresar sobre todo la verdad de su sentir y pensar. En tal aspecto estas “memorias” reflejan con gran fidelidad la condición anímica del autor, pues corresponden a hechos ciertos y vividos, sin tapujos aun en aquello tan íntimo y personal que más vale silenciar. Con este libro, se inscribe él en la lista de memorialistas de tan rotunda sinceridad consigo mismo como San Agustín, Rousseau y Baroja.

Santiván lo declara desembozadamente: “No deberían —dice— escribirse “memorias” si no pudieran ser absolutamente sinceras, aun cuando tuvieran que referirse a hechos que empequeñecieran y ridiculizaran al propio memorialista. La “memoria” es una confesión íntima, una introversión a los profundos repliegues del ser. Su objeto principal es mostrar la naturaleza humana, en su verdad tan misteriosa como desconcertante”. Y todos los recuerdos que hace están evocados dentro de ese propósito.

Nos advierte que no hará “literatura”, que huirá de toda retórica. Y así escribe, sin antes pagar su tributo a lo mismo que se propone eliminar: “¡Con qué desprecio pisaba sobre las florecillas del campo, con qué desdén ponía en el ojal de la solapa rosas tempranas u orquídeas de invernadero! Las horas alegres no volverían a sonar sus campanitas de plata, las horas melancólicas y graves no dejarían de oír su voz de bronce. ¡Nunca más, nunca más!...” No se puede negar que en las frases transcritas no hay “literatura”. A medida que se adentra en los recuerdos, la expresión se hace más

directa, las personas y las cosas surgen con realismo visual como corporizadas ante nuestra presencia.

Para demostrar su sinceridad, empieza por autoanalizarse en forma implacable, exhibe su naturaleza psíquica desnuda, sus antecedentes familiares y sus reacciones de tan bruscas alternativas. El lector tiene que reconocer no hay en él artificio ni falsedad. Es una franqueza desusada la suya en los escritores, pues éstos siempre tratan de velar los sucesos y presentarse con los perfiles más favorables. La franqueza de Santiván podrá, incluso, desagradar a quienes no desean que se destruyan sus ídolos. Nosotros, por nuestra parte, le agradecemos que haya contribuído él a desvanecer dos leyendas ya incorporadas a nuestro historial literario como verdades indiscutibles: la colonia tolstoyana y la persona de Augusto D'Halmar.

Con relación a la primera, Santiván revive pormenorizadamente todo lo relacionado con ese reducido grupo de jóvenes que quisieron llevar a la práctica los principios preconizados por Tolstoy, de vida elemental en contacto con la tierra. Fué una aventura romántica en la parte en que actuaron Julio Ortiz de Zárate y el propio Santiván, no así en la de su progenitor y animador, Augusto D'Halmar, quien sólo actuó espectacularmente, como actor en escena.

Santiván cuenta con animación de novelista, los episodios se suceden variados, interesantes, los personajes aparecen con perfiles inconfundibles. Entre ellos, Augusto D'Halmar. La etopeya que de él traza el autor es completa en su integridad humana. Acaso esté recargada de sombras y se haga antipática. Ególatra, vanidoso, absorbente. Se colocó D'Halmar en un plano de superioridad como si todo el mundo debiera rendirle pleitesía y acatamiento; llegó a ser cruel con sus hermanas para que le satisficieran sus caprichos. Cuenta Santiván que le exigía a una de ellas que le rascara la cabeza cuando se acostaba porque era la única manera de dormirse. Era un refinado, un espíritu aristocrático; por eso cuando ya en sus años de senectud adoptó una postura ideológica de extrema izquierda, siempre dudamos de la sinceridad de sus principios y la consideramos una nueva *pose* de este escritor que vivió toda su vida en actor.

Nada más opuesto al espíritu de D'Halmar que el de Santiván. Hay una anécdota referida por éste, que nos da la justa medida de esta diferencia temperamental. Es ésta, con las propias palabras del autor:

“Esta vez no faltaba ninguno en la cumbre del cerro. Allí estaban Augusto, Magallanes Moure, Backhaus, Valdés, Ortiz de Zárate, Burchard...

“—¡Qué hermoso crepúsculo!

“—Mira, mira... ¡Aquellas sombras violetas!...

“—¡Y aquellos grises dorados!...

“Augusto se quitó el sombrero. Los otros acompañaron su gesto y guardaron silencio. El pontífice empezó:

“—¡Qué hermoso crepúsculo!... ¡Oh sol!...

“En ese instante se apoderó de mí un acceso de ira incontenible. No podía creer en la sinceridad de aquella pantomima. Hubiera deseado apostrofarlo, escupirles mi descontento. Fué cosa de un instante. Ahora me avergüenzo, pero debo confesar la verdad... Me oculté detrás de unos manojos, al pie del grupo que formaban mis compañeros, y, bajándome los pantalones y adoptando la clásica actitud de los que dan expansión a las más repugnantes necesidades orgánicas, entre pujos y sonidos explosivos, exclamé en alta voz:

“—¡Qué bello crepúsculo!... ¡Qué hermoso crepúsculo!”

Toda suerte de epítetos agresivos cayeron sobre Santiván. Podrá parecer una reacción primitiva y grosera, pero muy propia de un temperamento que no acepta la pantomima ni la insinceridad. El sólo recuerdo de este episodio revela que no le importa a Santiván mostrarse desnudo, con su primitivismo de hombre recio y esencial.

Las anécdotas, los sucesos sentimentales —amores y amoríos—, las extravagancias de D'Halmar, la nobleza de “la abuela”, la angustia de sus hermanas, hechos insignificantes, domésticos, tejen la urdiembre de las evocaciones con el interés apasionante de una novela. Mundo extraño ése de la colonia tolstoyana y el de la familia de D'Halmar, seres de compleja psicología, como protagonistas de novela rusa, según los calificó un crítico.

Los recuerdos giran en torno a D'Halmar. No lo juzga en cuanto a escritor, que nadie le podrá desconocer sus extraordinarias virtudes de estilista, con todos los resabios del modernismo de elaborar las frases con parsimonia de orfebre. No obstante, hay páginas suyas inolvidables por su poder creador e intensidad humana. Así, sus cuentos "En providencia" y "A rodar tierras", su novela "Muerte y Pasión del Cura Deusto", el relato "La lámpara en el molino" y los libros de viaje "Nirvana" y "La sombra del humo en el espejo". Capítulo éste sobre D'Halmar aún inédito en espera de que alguien lo enjuicie prescindiendo de su persona, depurada del nimbo de genialidad con que sus admiradores no vieron sin discriminar entre el hombre y el artista, dejándose impresionar por la sugestión de su palabra hablada.

En las letras nacionales, "Memorias de un tolstoyano" es un libro singular, sólo comparable por su sinceridad y realismo con "Arenas del Mapocho", de Ricardo Puelma.—*Milton Rossel*.



"NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA", por *Francisco A. Encina*

La Editorial Universitaria ha hecho una segunda edición del libro "Nuestra Inferioridad Económica", que don Francisco A. Encina publicó en 1911. El libro, a despecho de las radicales transformaciones que ha experimentado Chile desde entonces, no ha perdido la actualidad, sobre todo en su aspecto moral, donde semeja ser un verdadero impacto destinado a sacudirnos de la abulia y a tocarnos el amor propio para encarar con mayor entereza la solución de los diversos problemas vitales que aún nos circundan.

Don Francisco A. Encina, hombre de temperamento práctico, en muchas páginas de esta obra pone en primer término la trascendencia que tiene para un país y sus habitantes el ejercicio de las actividades fabriles, agrícolas y comerciales. En una parte dice textualmente: